

Chapter Title: ENTRE LA HOSPITALIDAD Y LA SEDUCCIÓN. LA SOCIEDAD CHILENA Y LOS VIAJEROS ILUSTRADOS

Chapter Author(s): Rafael Sagredo Baeza

Book Title: Tradiciones y conflictos

Book Subtitle: historias de la vida cotidiana en México e Hispanoamérica

Book Editor(s): Pilar Gonzalbo Aizpuru and Mílada Bazant

Published by: El Colegio de Mexico

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv47wbxj.13>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This content is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



El Colegio de Mexico is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Tradiciones y conflictos*

JSTOR

ENTRE LA HOSPITALIDAD Y LA SEDUCCIÓN. LA SOCIEDAD CHILENA Y LOS VIAJEROS ILUSTRADOS¹

RAFAEL SAGREDO BAEZA²

Pontificia Universidad Católica de Chile

PRESENTACIÓN

Entre los testimonios de su paso por América meridional entre 1789 y 1794, los artistas de la Expedición Malaspina dejaron 12 representaciones de mujeres chilenas. En al menos dos de ellas, las “chilenas” son las protagonistas únicas de la composición. Si se tiene presente que los pintores realizaron aproximadamente 55 ilustraciones de paisajes y sujetos de Chile, es evidente que las señoras atrajeron su mirada y estimularon su arte. Si además se toma en cuenta que entre las 830 ilustraciones realizadas durante su largo viaje, un ínfimo número ofrece la imagen de mujeres no indígenas, el hecho resulta todavía más llamativo.³

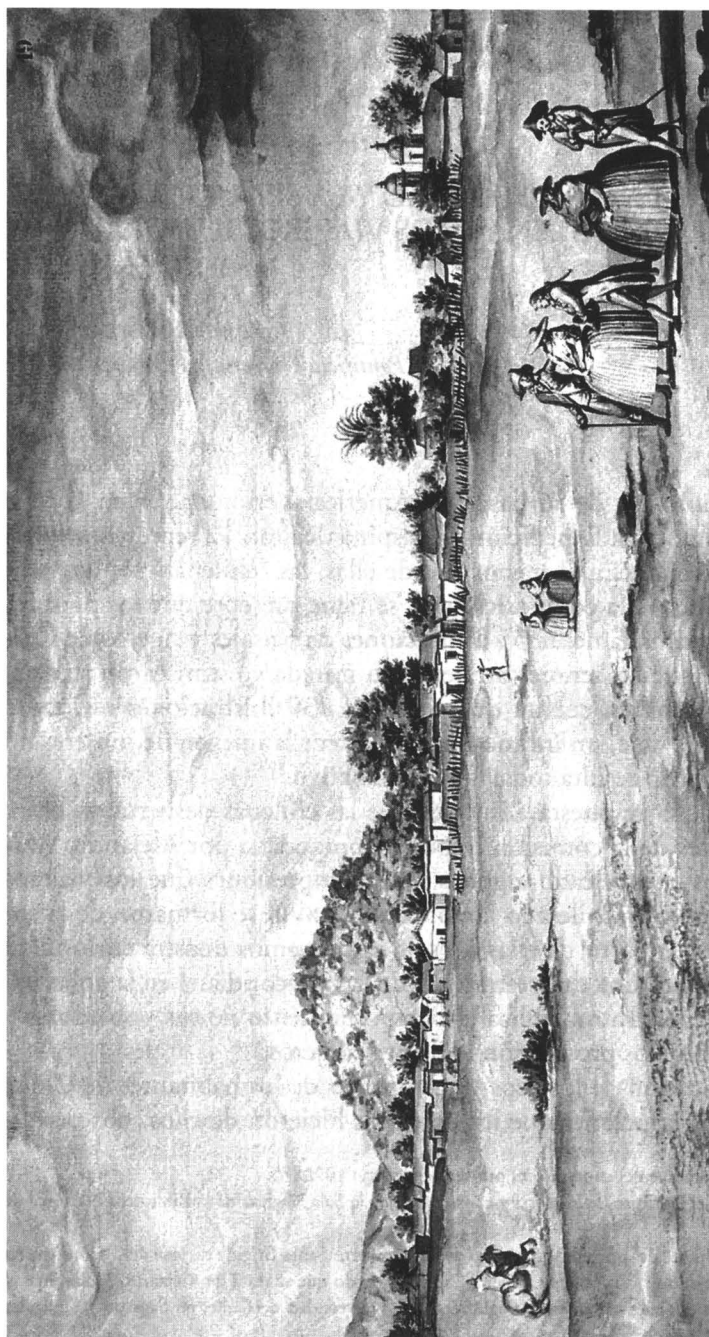
Buscando una respuesta al interés que las chilenas despertaron entre los participantes de la comisión imperial comandada por Alejandro Malaspina, hemos identificado algunas de las impresiones que los viajeros ilustrados llegados a Chile a lo largo del siglo XVIII se formaron de la sociedad colonial. A partir de ellas no sólo satisfacemos nuestra curiosidad; también ofrecemos una caracterización de la vida cotidiana en la gobernación que, interpretamos, explica el comportamiento de sus pobladores y la atracción que ellos provocaron en los extranjeros.

La identificación de los usos y costumbres de los habitantes de Chile, así como las descripciones que los europeos hicieron de ellos, nos permi-

¹ Trabajo preparado en el contexto del proyecto Fondecyt 1020875.

² Académico del Instituto de Historia y conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile.

³ Vista de una parte del pueblo de Santiago de Chile y cerro Santa Brígida de José del Pozo; muestra a tres hombres cortejando a dos mujeres chilenas. Se ha sugerido que se trata de Alejandro Malaspina, al centro, y dos de sus oficiales, Archivo Iconográfico de la Universidad de Chile, en Sagredo y González Leyva, *La expedición*.



Santiago de Chile y Cerro Santa Brígida de José.

tieron identificar rasgos de la mentalidad de una sociedad marcada por su precariedad y aislamiento, en la cual el límite entre los gozos y los pesares, así como entre lo aceptado y lo censurado, resultaba singularmente tenue.

A pesar de que los expedicionarios ilustrados que recalaron en las costas de la gobernación no fueron numerosos, lo cierto es que los relatos de su paso por esta alejada porción del imperio español resultaron muy ilustrativos para acceder a las características de la vida colonial. Si bien ellos nunca se ocuparon con especial atención de las costumbres de la sociedad, en la crónica que hicieron de su estadía identificaron algunas prácticas utilizadas por los chilenos de la época, en general, y las mujeres, en particular, destinadas a proporcionarse alegría, placer y distracción.

Nos interesa ir más allá de las formas de diversión identificadas por la historiografía sobre la colonia, aquellas evidentes, manifiestas, esencialmente públicas y protagonizadas por los hombres, como por ejemplo los juegos de caballería e hípicas, las corridas de toros y las riñas de gallos; los juegos deportivos como la chueca, la pelota y los bolos; los propios de la calle como el volantín y la rayuela; o los de azar, entre los que estaban el envite y la lotería.⁴

No nos interesa tampoco abordar y profundizar en las características de las reuniones de placer, los saraos, comidas, bailes y paseos que eran propios de la vida de los sujetos más o menos acomodados de la sociedad; o identificar y describir los espacios y sitios de recreación, como las canchas y chinganas, en los que el pueblo se divertía y daba rienda suelta a su vitalidad. Menos todavía algunas instancias de diversión multitudinarias como las celebraciones públicas asociadas a las liturgias del poder y la religión, los carnavales o las fiestas folclóricas derivadas de las labores del campo como la trilla, la vendimia y la matanza.⁵ Nada de eso. Intentando superar la crónica y la descripción, aunque sirviéndonos de ellas, pretendemos identificar aquellas formas de placer y diversión más sutiles, menos evidentes y explícitas, aunque tan reales como cualquiera de las arriba mencionadas. Esas en que el límite entre lo aceptado y reprochado es difuso, tenue, apto para reflejar las ambivalencias de la naturaleza humana y las características más arraigadas de una sociedad. Aquellas, además, en

⁴ La obra clásica sobre estos asuntos es la de Pereira Salas, *Juegos y alegrías*. Pionero en la preocupación por esta dimensión de la existencia es Vicuña Mackenna, en especial su capítulo "La era colonial" de su obra *Historia crítica...*, tomo II. Más recientemente, y para la postindependencia, Purcell Torretti, en su texto *Diversiones y juegos*, ha vuelto sobre el tema, ahora, poniendo atención a las prácticas de los estratos populares.

⁵ Para algunas de las prácticas mencionadas, pueden verse Cruz de Amenábar, *La fiesta*, y Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder*.

que las protagonistas son esencialmente mujeres, género tradicionalmente olvidado por la historiografía y cuyo comportamiento, por lo mismo, es menos conocido.⁶

Utilizando testimonios de viajeros ilustrados, que por otra parte no tenían mayor interés en la mujer americana como objeto de observación, presentaremos formas y manifestaciones de satisfacción asociadas a las maneras de vestir y de actuar, a los gestos y actitudes, a los ademanes y a los movimientos del cuerpo. Sin duda prácticas para alcanzar el placer, sutiles, agudas, exquisitas, vaporosas, incluso finas y graciosas, cuando no extravagantes y descaradas, según el punto de vista de algunas de nuestras fuentes.⁷

Aceptando la noción de gesto en tanto “expresión física y exterior del alma interior”, como manifestación de voluntad e intención, y por tanto como reflejo de la persona y también de la mentalidad de la sociedad de la que ésta forma parte, nuestro texto pretende, a través del estudio de esta dimensión del comportamiento de las mujeres chilenas de la colonia, aportar al conocimiento y comprensión de una etapa fundacional de nuestra sociedad.⁸

Asociamos el gesto, la postura, la actitud, la expresión, el porte y la presentación exterior que la acompaña, a la seducción, el encanto, la atracción, el deseo y la provocación. Así esperamos explicar determinados comportamientos de las mujeres chilenas de la colonia que, en su momento, recibieron un terminante reproche de parte de los marinos y científicos europeos que las conocieron. Acaso estos ademanes, como el vestuario que los acompañaba, sean signos de identidad y manifestación de la precariedad y el enclaustramiento que han caracterizado a la sociedad chilena a lo largo de su historia.

Su comportamiento frente a los extranjeros, su afán por seducirlos y cautivarlos a través de su presentación y el movimiento de sus cuerpos, fue una forma que las mujeres idearon para superar la incomunicación y la

⁶ Para el periodo que nos ocupa, entre las excepciones, se encuentran los siguientes textos: Santa Cruz, “La mujer en el reino”, y el de Salinas, *Las chilenas*. En lo esencial descriptivos, ambos sin embargo contienen valiosa información y el planteamiento de temas que todavía esperan ser abordados por los estudiosos de manera analítica.

⁷ Señora y caballero de Chile en 1793. El pintor de la Expedición Malaspina, Juan Ravenet, representa en esta lámina la actitud de consideración de los hombres respecto de las chilenas. Ella de frente y él de perfil, en ademán de saludo, Archivo Iconográfico de la Universidad de Chile, en Sagredo y González Leyva, *La expedición...*

⁸ Véase Schmitt, “La moral de los gestos”, parte segunda, pp. 129 a 146. Para el caso nacional, véase el trabajo de Araya Espinoza, “Cuerpos aprisionados”.



Señora y caballero de Chile en 1793.

soledad de la sociedad en que vivían, cuando no las aflicciones y sencillez de su vida. Ello justificaría el placer que les producía dejarse ver, mostrarse en actitudes “complacientes en exceso”. Se trataría de un goce íntimo, propio, personal, cuya raíz también se encontraría en las condiciones del medio en que habitaban y las características de la sociedad que éste había contribuido a moldear.

Por último, a la natural y humana vanidad habría que atribuir también la conducta de las mujeres. Así lo concluyó un sabio francés a comienzos del siglo XVIII. Éste, luego de describir la actitud de las criollas de América meridional, escribió: “Se reconoce en estas maneras simples y naturales el placer y el secreto contento que sentimos cuando nos vemos buscar”.⁹

⁹ Véase Frezier, *Relación del viaje...*, p. 221. Frezier justifica este y otros juicios afirmando: “creo repetible, como viajero que observa lo que pasa en el país donde se encuentra y que saca sus consecuencias de la conducta de tales personas, que...”.

Que hombres cuyos intereses esenciales fueron los asuntos políticos y militares, las especies naturales de diverso orden, los recursos económicos de las colonias y las características generales de las sociedades que visitaban, tuvieran cortas, pero decidoras palabras y conceptos para algunas de las maneras y costumbres de las chilenas, refleja bien lo arraigadas que éstas se encontraban.¹⁰

LA HOSPITALIDAD, COMPENSACIÓN COLECTIVA

Durante su viaje por la costa occidental de América, una de las cosas que llamó la atención de Amadeo Frezier fue el haber encontrado que “en Chile se practica mucho la hospitalidad”, a consecuencia de lo cual se “recibía muy generosamente a los extranjeros”.¹¹ La impresión que el científico francés se formó en 1712 sería confirmada por numerosos viajeros a lo largo del siglo XVIII. Por ejemplo, los científicos de la Expedición Malaspina, quienes escribieron sobre “la atención y obsequio de todas estas gentes”, el “trato fino y amable” y “la hospitalidad constante” de los que llamaron “españoles chilenos”. Alabando su carácter “sumamente amable y obsequioso”, afirmaron, “nada ponderan los viajeros que tanto han ensalzado su generosidad”.¹²

Por su parte el marino inglés George Vancouver, que arribó a Chile en 1795, en su diario relata las “agradables disposiciones” tomadas en su favor por las autoridades españolas de Valparaíso, las “atenciones” de que fue objeto, la “hospitalidad de los excelentes habitantes”, las “invitaciones” y “ofrecimientos” que se le hicieron, en fin, la “cordialidad” de que hicieron gala para con él y su tripulación. Agradecido por la actitud de los anfitriones, escribe que los porteños los “trataron con la mayor finura y más obsequiosa hospitalidad”.¹³

Antes, el conde de La Pérouse, en su recalada en Concepción en febrero de 1786, fue objeto de numerosas atenciones y de auténticas muestras de cordialidad por parte de la población, “tan afectuosas, relata, que

¹⁰ En éste, como en otros temas de igual naturaleza, no importan tanto la cantidad de testimonios que avalen una interpretación, como la cualidad de los mismos. Si bien las preocupaciones científicas fueron las que más concentraron su atención, no por eso los viajeros ilustrados fueron ajenos a las inquietudes sociales.

¹¹ Frezier, *Relación del viaje...*, p. 213.

¹² Véanse, entre otros, Viana, *Diario del Teniente*, p. 93, y el manuscrito de Espinoza y Bauzá, “Descripción del Perú”, en el que también aluden a Chile, f 327v.

¹³ Véase Vancouver, *Viaje a Valparaíso...*, p. 26.

ningún gesto de nuestra parte era suficiente para expresar nuestro agradecimiento". La hospitalidad de los penquistas llegó a tal grado que los franceses se sintieron en deuda con ellos, lo cual los decidió a "dar una fiesta general antes de la partida". Para la ocasión levantaron una carpa en la que sirvieron comida, la cual fue seguida "de un baile, de un pequeño fuego artificial y, finalmente, de la elevación de un globo de papel, lo suficientemente grande como para ofrecer un espectáculo".¹⁴

¿Qué razón podría justificar tantas atenciones para con los extranjeros, esa característica hospitalidad de los pobladores de la más remota de las posesiones españolas en América? José Bustamante, de paso en 1790 con la Expedición Malaspina, la atribuye a "la abundancia de un suelo tan privilegiado por la naturaleza".¹⁵ George Vancouver, junto con reiterar que "los habitantes nos recibieron con gran afabilidad", precisando, "especialmente las jóvenes", ofrece otra explicación. Al relatar que "nos recibían de una manera tan obsequiosa que no pensábamos serles carga pesada", agrega que "el placer que cada uno nos atestiguaba, alejaba de nosotros todo sentimiento que no fuera el de reconocimiento por los buenos servicios que nos hacían".¹⁶ El gusto, el placer, la satisfacción de hacer más llevaderos los días de los viajeros, sería la causa esencial de la hospitalidad mostrada por los habitantes de Chile.¹⁷ Véase imagen de la señora de Chile de Felipe Bauza.¹⁸

Explicación razonable, en especial considerando que en las costas de esta gobernación rara vez se recibían extranjeros, y que por ello su arribo representaba todo un acontecimiento para la aislada sociedad local.¹⁹ Además del escaso contacto con marinos profesionales y hombres de ciencia,

¹⁴ La Pérouse, *Voyage de La Pérouse...*, p. 68.

¹⁵ Véase Malaspina, *Diario general del viaje*, p. 138.

¹⁶ Véase Vancouver, *Viaje a Valparaiso...*, pp. 25 y 39.

¹⁷ La Pérouse ofrece otra razón para explicar la "fiesta más encantadora en ninguna parte del mundo" con que se le agasajó junto a sus marinos en Concepción. Según él, fue "dirigida a extranjeros que tenían la reputación de pertenecer a la nación más galante de Europa".

¹⁸ Señora de Chile de Felipe Bauza. En actitud de posar, en pie y ligeramente vuelta, a través del dibujo del europeo se exhibía y dejaba apreciar, Archivo Iconográfico de la Universidad de Chile, en Sagredo y González Leyva, *La expedición...*

¹⁹ Espinoza y Bauzá, "Descripción del Perú...", f. 366v. Además de ponderar las ventajas en materia defensiva que ofrecía la situación geográfica de Chile, no dejaban de señalar que "por un acaso desgraciado esta misma posición marítima no le permite cambio alguno útil con la matriz, apartándole por consiguiente tanto de las colonias americanas y de las del Río de la Plata...". Malaspina captó bien una de las dimensiones de esta realidad cuando, a su llegada a Chile, escribió: "El vecindario de Chiloé mediante su ninguna comunicación con la matriz carecía casi de un todo de españoles nativos; lo que daba mucho realce a el que lo fuese", agregando muy agudamente, "particularmente para los matrimonios". Véase Malaspina, *Diario general del viaje*, volumen I, p. 116.

4038

38



Señora de Chile en 1793

Señora de Chile de Felipe Bauza.

cultivados, incluso prestigiados, éstos resultaban llamativos, cuando no atractivos por su condición de ingleses, franceses o españoles; excéntricos en ocasiones por sus formas, usos y costumbres; atrayentes por el hecho de que eran portadores de artefactos e instrumentos desconocidos, o de adelantos y técnicas inéditas en estos territorios. Como escribió Vancouver, a propósito de una gran comida que se le ofreció junto a sus oficiales, y a la que asistieron “todos los habitantes de la aldea” de Casablanca, éstos “se mostraron no menos satisfechos del espectáculo, nuevo para ellos, que les dábamos”.²⁰

Así, no debe extrañar que los forasteros europeos en viaje por América fueran bien recibidos y reiteradamente agasajados en Chile, y que su presencia provocara gran expectación, a tal punto que sus actividades, así

²⁰ Vancouver, *Viaje a Valparaíso...*, p. 40.

como los momentos de relación que provocaba su estadía, adquirieran el carácter de evento social y de instancia de satisfacción de la modesta y efusiva sociabilidad local que, gracias a su presencia, se veía prestigiada y sacada de su ostracismo. Para los anfitriones, el contacto con los viajeros no sólo significó obtener el placer de lucir y desplegar ante desconocidos sus bienes y atributos. También una oportunidad gratificante, por la satisfacción de adquirir crédito y renombre ante sus coterráneos y, gracias a ello, darse el capricho de sobresalir.

De su paso por Casablanca, Vancouver cuenta que todos “se arreglaban lo mejor que podían para recibirnos”, y que en Santiago, en una ceremonia encabezada por el gobernador, y a la que asistieron “los oficiales militares y los principales habitantes de las ciudades y los alrededores”, sólo las atenciones que recibieron “disiparon el embarazo que tuvimos al principio al encontrarnos arrojados en tan numerosa compañía de personas que parecían muy contentas por presentarse con todos los atavíos y según la etiqueta de la corte”.²¹

Ya sea que fuera a causa de la “distancia en que se hallaban del esplendor y del progreso de los pueblos europeos” o de “su inferioridad respecto de algunas de las otras colonias del rey”, de las dificultades económicas, de la crudeza de la existencia en una “tierra de guerra”, o de las consecuencias de un “acontecer infausto” por la terrorífica sucesión de desastres ocurridos a lo largo de los siglos, lo cierto es que los habitantes de la gobernación de Chile desarrollaron una personalidad que no sólo los hizo cultivar un “ardiente amor al suelo natal”; también los llevó a mostrarse hospitalarios y afectuosos con los fuereños.²² Rasgos, estos últimos, surgidos como mecanismo de consuelo; como práctica destinada a fortalecer el cuerpo social a través de la valoración que ofrecían los extranjeros.

LA SEDUCCIÓN, ÍNTIMO PLACER

Asentados la satisfacción de ser hospitalarios y el deleite de exhibirse como rasgos característicos de los habitantes de Chile detectados por los viajeros ilustrados, ellos también dejaron testimonio de que el género femenino sobresalió en la práctica de agradecerlos y agasajarlos, aunque tal vez de una

²¹ *Ibid.*, p. 57.

²² Véanse Barros Arana, *Historia general...*, tomo VII, p. 313; Villalobos R., *El comercio...*, Gónzaga, *Ensayo histórico...*, pp. 7-12; Mellafe, *Historia social...*, pp. 279-289; y Godoy, *El carácter chileno*, pp. 436-453.

manera un tanto desinhibida para sus costumbres. La experiencia de John Byron es elocuente.

Luego de haber sobrevivido a la zozobra de su nave en 1741, fue hecho prisionero por la autoridad española y debió permanecer en Chile aproximadamente dos años.²³ En Chiloé, donde primero estuvo cautivo, relata que una señora le rogó al gobernador “que me permitiese ir a pasar unas cuantas semanas en su casa”, a consecuencia de lo cual “pasé muy agradablemente en su compañía cerca de tres semanas”. Esta historia culmina cuando narra que ella “pocos deseos tenía de dejarme partir, pero el gobernador mandó en busca mía y tuve que dejar a mi benefactora muy a mi pesar”.²⁴

La crónica de su estadía en Santiago es abundante en detalles sobre la acogida dispensada a él y a sus compatriotas cautivos. Lo anterior fue lo que le permitió escribir que “teníamos numerosas relaciones en la ciudad, y, en general, recibimos muchas atenciones de los habitantes”. El recibimiento ofrecido a Byron llegó al extremo de que una vecina se empecinó en considerarlo un verdadero pariente a causa de que “mi apellido lo pronunciaban parecido al de ella”. A la frecuentada casa de Francisca Jirón, cuya hija, joven y bonita, tocaba y cantaba notablemente, lo que le valía ser “considerada la mejor voz de Santiago”, el inglés y sus compatriotas llegaban “con toda confianza”. Así, explica el marino, “pasamos muy agradablemente todo el largo tiempo que vivimos en este país”.²⁵

Sin duda las “chilenas” llamaron la atención de los extranjeros. En las primeras décadas del siglo, Amadeo Frezier afirmó que los atractivos que la educación da a las españolas en estas latitudes son “tanto o más turbadores cuanto que generalmente van acompañados de un hermoso porte”; agregando que generalmente “son bastante simpáticas, de ojos vivos y lenguaje jovial”. También escribió que “gustan de la galantería libre, a la que responden con ingenio y a menudo con un matiz que huele un poco a libertinaje, según nuestras maneras”, termina justificando su juicio.²⁶ Los marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa calificaron a las penquistas como “bien parecidas”, y a las mujeres de Santiago las consideraron “de buen aspecto, y muy blancas y rosadas”. Comparando a los vecinos de Santiago

²³ El entonces guardiamarina Byron formaba parte de la tripulación de una escuadra alistada por Lord Anson destinada a amenazar la dominación española en el Pacífico.

²⁴ Byron, *El naufragio...*, p. 129.

²⁵ Véase el capítulo de su crónica, “Santiago a mediados del siglo XVIII. Costumbres coloniales. Casas solariegas. Saraos. Corridos de toros. Procesiones nocturnas”.

²⁶ Frezier, *Relación del viaje...*, pp. 219 y 220.

con los de otras latitudes, los marinos españoles juzgaron que “en cuanto a sus costumbres y modales, no hay diferencia a las que quedan advertidas en las anteriores descripciones, si bien no son tan reducidos en el vestuario como en la Concepción, ni tan ostentosos como en Lima, semejándose en todo al de Quito”.²⁷

En la década de 1790 George Vancouver ponderó a las jóvenes de Casablanca, “entre las cuales vimos muchas con hermosas caras”; sobre las santiaguinas afirmó que la mayor parte de ellas “no carecen de atractivos personales y muchas de las que tuvimos el gusto de ver eran generalmente morenas, de ojos negros y rasgos regulares”, concluyendo que “eran hermosas”.²⁸ La Pérouse es todavía más entusiasta para referirse a las damas de Concepción: “Son generalmente bellas y de una educación tan extraordinaria, que seguramente no hay ninguna ciudad marítima en toda Europa donde los navegantes extranjeros puedan ser recibidos con tanto afecto y amabilidad”.²⁹

Acaso la superlativa opinión sobre las penquistas tenga relación también con que la mayor parte de los viajeros que arribaron a Chile lo hicieron luego de semanas, cuando no meses, de difícil y solitaria navegación por los mares australes. Frezier observó que “Concepción es ciertamente la mejor escala de la costa para las necesidades de un navío, y aunque la ciudad sólo sea, en rigor, una buena aldea, allí se encuentran compañías bastante agradables para distraerse del hastío que se siente en un navío”.³⁰ Véase el traje de los habitantes de Concepción.³¹

Pese a lo dicho, y más allá de la desesperación ocasional de los viajeros, numerosas son las cualidades que se ponderan en las chilenas. Byron afirmó que “bailaban inimitablemente bien y con mucha gracia, y que todas nacían con un oído privilegiado para la música”. Según él, muchas tenían “voces deliciosas” y, además, “tocan muy bien el arpa y la guitarra”. Las cataloga de “extremadamente corteses y complacientes”, agregando

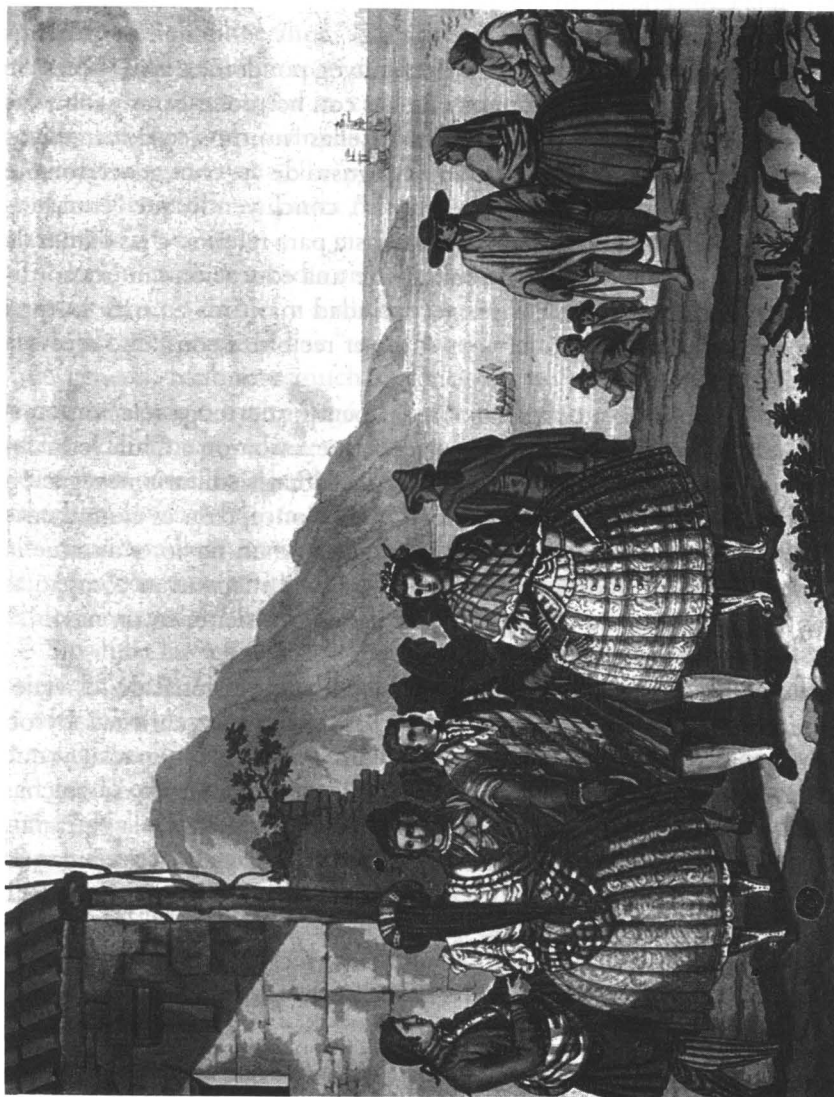
²⁷ Véase Juan y Ulloa, *Relación histórica...*, segunda parte, tomo tercero, pp. 306, 332 y 333.

²⁸ Vancouver, *Viaje a Valparaíso...*, pp. 39 y 62.

²⁹ La Pérouse, *Voyage de La Pérouse...*, p. 66.

³⁰ Frezier, *Relación del viaje...*, p. 60. En las últimas décadas del siglo XVIII, cuando la ruta austral se había consolidado y Chiloé pasó a constituirse en escala obligada de las naves que ingresaban al Pacífico, Juan Vernacci, uno de los participantes en la Expedición Malaspina, evaluó «que esta isla debe ser un objeto interesante para la nación, siendo el primer puerto que se encuentra después de la travesía del Cabo de Hornos, puede ser un lugar muy oportuno para refrescar una embarcación...». El diario de Vernacci corresponde al manuscrito 94 del Museo Naval de Madrid. La frase citada, se encuentra en la f. 345v.

³¹ Traje de los habitantes de Concepción. Este grabado del viaje de La Pérouse refleja bien el impacto, la atracción que en los franceses provocaron las chilenas de Concepción. Colección Germán Vergara Donoso, Museo Histórico Nacional de Chile, en Sagredo y González Leyva, *La expedición...*



Traje de los habitantes de Concepción.

que “cuando se les pide que toquen, que canten o que bailen, lo hacen sin vacilar un momento”.³²

Algunos circunspectos miembros de la Expedición Malaspina fijaron su atención principalmente en atributos del carácter de las señoras. Las consideraron de “trato fino y amable”, haciendo notar que poseían “una fidelidad conyugal sin afectación y una constancia poco común para la buena educación de sus hijos”. Más conmovido por las formas exteriores, el comandante italiano alude, entusiasta “a las facciones del bello sexo, verdaderamente apreciables en esta provincia”.³³

El juicio del comandante refleja bien el impacto que las mujeres de Concepción provocaron entre los miembros de la empresa ilustrada que encabezaba. En especial si se considera que a su arribo a la ciudad “reinaba en la Concepción y sus inmediaciones una terrible epidemia de viruelas”, a consecuencia de la cual “apenas se encuentra uno que no se halle señalado de este azote”, y que “las facciones del bello sexo, verdaderamente apreciables en esta provincia, habían sido en mucha parte víctimas de la misma peste”.³⁴

Además de su belleza natural, las chilenas ciertamente se vestían y arreglaban para obtener la atención de los hombres; propósito que lograron, a juzgar por las descripciones que de ellas hicieron, en medio de sus rigurosas narraciones y sesudas descripciones científicas, los comedidos científicos ilustrados y los cortesés marinos europeos.³⁵ Amadeo Frezier, incluso apreciando la en ocasiones sencilla forma de vestir de las mujeres, afirmó que “gustan mostrarse magníficas a cualquier precio que sea, aun en los lugares más ocultos”.³⁶ Tal vez ésa sea la razón por la cual los pintores de la Expedición Malaspina les dedicaron tres grabados principales, además de delinear su figura en otros ocho que ilustran paisajes de Santiago, Valparaíso y Concepción. Ahí están, con sus brazos descubiertos y pantorrillas y pies a la vista, las señoras principales; con sus vestidos y mantos característicos sobre los hombros, todas las demás que se incluyen en las vistas.

³² Byron, *El naufragio...*, pp. 143 y 144.

³³ Véanse Espinoza y Bauzá, “Descripción del Perú...”, f. 281v y Malaspina, *Diario general del viaje*, p. 125.

³⁴ Véanse Malaspina, *Diario general del viaje*, p. 125; Tova Arredondo, *62 meses a bordo...*, p. 90, y Viana, *Diario del Teniente...*, p. 90.

³⁵ Sobre el vestido, los accesorios y otros aditamentos que utilizaban las chilenas en la colonia, véase Cruz de Amenábar, *El traje...* Siendo nuestro propósito la seducción femenina como expresión de íntimo placer, sólo aludiremos a estos elementos en la medida que se utilizan como instrumentos de atracción del sexo opuesto.

³⁶ Frezier, *Relación del viaje...*, p. 221.

John Byron, que dispuso de variadas instancias para compartir con las damas santiaguinas durante su larga estadía, encontrándolas “notablemente hermosas”, concluyó que eran “muy extravagantes para vestirse”. Además del cabello “sumamente largo y de los más abundoso que se puede concebir”, detalló que “sus camisas estaban llenas de encajes, y que sobre ellas se ponen un corpiño muy ajustado”.³⁷ Décadas después, George Vancouver también notó “el trabajo que se tomaban en todo su atavío pues, agregó, estaban ricamente vestidas a la moda del país”. Mostrando un profundo conocimiento, describe que la parte más singular de su traje “era una especie de jubón o *panier* que bajaba de la cintura hasta un poco más abajo de la rodilla y que algunas llevaban aun más cortas”. Agregando que “debajo del jubón llevan su camisa, cuyo ruedo está adornado con un encaje de oro”.³⁸ Considerando que el jubón cubría desde los hombros hasta la cintura, y que era una prenda ceñida y ajustada al cuerpo, se comprende que los marinos se fijaran en ella.

Frezier también se había detenido en el vestuario de las mujeres cuando observó que “llevan el seno y los hombros medio desnudos, a menos que los cubran con un pañolón que les cae por la espalda hasta la mitad de las piernas”. Según el francés, las señoras “no pecaban contra la decencia cuando se descubren el seno”, pues “los españoles miran con indiferencia”. Más llamativo le resultó la “ridícula extravagancia” de gustar de los pies pequeños, razón por la cual advierte, “toman gran cuidado en ocultarlos, de modo que es un favor mostrarlos, cosa que hacen con habilidad”.³⁹

Las medias fueron otra prenda prolijamente descrita. Byron informa que “son de seda, con adornos de oro y plata”, y que a las mujeres “les gustaba mucho dejar ver colgándoles debajo de la basquiña el extremo de una liga bordada”. Costumbre que mantenían a fines de la centuria de acuerdo con el testimonio de Vancouver. En Concepción, La Pérouse identificó lo que llamó “el adorno de las mujeres”, como “una falda plisada, de aquellas antiguas telas de oro y plata que se ocupaban antaño en Lyon”. Para el noble francés la ropa de las damas resultó de tal forma excitante, “muy diferente a lo que nuestros ojos estaban acostumbrados”, que no sólo aludió a ella más de una vez en su relato, además, fue motivo de grabados ejecutados para ilustrar la crónica de su viaje. Sería acaso porque la pollera plisada, muy bien amarrada debajo de la cintura, “dejaba al descubierto la mitad de la pierna”, mostrando de paso las “medias con

³⁷ Byron, *El naufragio...*, p. 144.

³⁸ Vancouver, *Viaje a Valparaíso*, p. 63.

³⁹ Frezier, *Relación del viaje...*, p. 223.

rayas rojas, azules y blancas”; o tal vez a causa de lo atractivo que resultaba el par de mantillas de muselina y de lana con que envolvían sus cabezas, las cuales se ponían y sacaban sin cesar en un juego que, según el Conde, “agradaba mucho a las damas de Concepción”.⁴⁰ Pero las chilenas del siglo XVIII no sólo se daban el gusto de mostrar sus pantorrillas o coquetear con sus mantas. John Byron relata que “andan con el pecho y los hombros muy escotados”, de tal forma que, confidencia, “a decir verdad, no cuesta mucho adivinarles las formas por su manera de vestir”.⁴¹

La audacia del vestuario femenino alcanzó tal grado que, como es bien conocido, mereció la preocupación y los reparos de la Iglesia. Fray Manuel Becerril, autor de un tratado sobre los trajes que llevaban las mujeres en Chile, compuso un capítulo destinado a demostrar “la grave malicia en descubrir las señoras mujeres los bajos”.⁴² Más práctico, el obispo de Santiago Manuel de Alday reunió una junta de teólogos que determinó que el uso de las caudas era pecado mortal. Pero como las atrevidas señoras cambiaron la falda por el uso de la musela, “que hacía cometer mucho más pecados mortales que la púdica cauda”, el obispo las fulminó con su célebre pastoral de 1762 contra el escote y los vestidos altos.⁴³

A través de ella quedaron terminantemente censurados “el abuso de levantar la ropa de modo que se descubriesen los bajos en las personas del otro sexo, y así mismo la de traer los brazos desnudos”. Intentando refrenar los que llama excesos de la moda, mandaba bajo precepto de pecado mortal la reforma de los vestidos por “indecentes y provocativos”.⁴⁴

Sin embargo, y dada la natural propensión de éstas a preocuparse de su apariencia y a exhibir sus atributos, la cruzada de la Iglesia en contra de las ropas de las señoras de la gobernación parecía tener mínimas oportunidades de éxito. Así por lo menos se desprende de los testimonios de los viajeros, pero también de situaciones que demostraban que se combatía contra inclinaciones muy arraigadas. Si no, cómo explicar que, en 1675, el obispo de Santiago Diego de Umanzoro se viera obligado a hacer llegar una exhortación a las religiosas del convento de la Purísima Concepción recordándoles su obligación de andar “tocadas y vestidas con toda honestidad y no escandalizar a las personas de buen juicio”. La autoridad eclesial reprochaba que las religiosas gastaran “vanamente tanto tiempo en

⁴⁰ Vancouver, *Viaje a Valparaiso...*, pp. 63 y 65.

⁴¹ Byron, *El naufragio...*, pp. 144 y 145.

⁴² Véase Medina, *Cosas de la colonia*, p. 98.

⁴³ Vicuña Mackenna, *Historia crítica...*, pp. 506 y 507.

⁴⁴ El texto completo de la pastoral obispal, en Vicuña Mackenna, *Historia crítica...*, pp. 508 y 509.

componer esos tocados ajenos a toda modestia y compostura cristiana”, y las llamaba a “dejar la vanidad de dichos tocados”, buscando sólo “parecer bien a Jesucristo, su divino esposo”. Por último les mandaba no “hacer invenciones para parecer bien a los hombres”.⁴⁵

En razón del tema que nos ocupa no sobra hacer saber que las monjas de la Purísima Concepción se resistieron decididamente al mandato del obispo, alegando que era en contra de su regla. Frente a la insistencia y amenazas de excomunión mayor, apelaron intentando hacer ver al obispo “que la modestia se conservaba más con el tocado que con las tocas llanas, porque si alguna las usa por falta aun de alfileres con que prender el tocado, se descubre de tal manera el pecho, que es con escándalo del sacerdote que le administra los Santos Sacramentos”.

El vestuario de las señoras no fue, sin embargo, el único recurso para llamar la atención de los extranjeros de paso y de los varones en general. De hecho éste fue sólo el complemento exterior de actitudes y gestos destinados a gratificar deseos y motivaciones cuyo origen estaban en las características de una personalidad moldeada por el aislamiento y la precariedad. Por ello es que los viajeros son reiterativos en mostrar las estrategias desplegadas por las mujeres para despertar su curiosidad y atraerlos.

El honorable John Byron, gracias a su forzada residencia en Chile, resulta una vez más una pródiga fuente. Alabando sus “lindos ojos chispeantes, su ingenio muy listo y su gran fondo de bondad”, fue categórico para señalar la “decidida disposición a la galantería” de las habitantes de la capital de la gobernación, así como propensión, tan humana, “a que se les admire”. Mostrando un ejemplo de lo que afirma, relató que “las damas van a las corridas de toros lo más lujosamente vestidas que pueden” y, opina, “se me ocurre que van más para que las admiren que para divertirse con un espectáculo que sólo puede causarles horror”. También describe la coquetería de las señoras en las procesiones de noche, a las que van con velo y una capa debajo de la cual no llevan puesto más que un chaleco delgado, y puesto que con ese traje no se las puede conocer, se entretienen hablando como se usa en nuestras mascaradas” y, como lo experimentó él, dando fuertes pellizcos, para luego, la que llama “amable dama”, confundirse inmediatamente entre la multitud.⁴⁶

A comienzos de la centuria ilustrada Amadeo Frezier observó a las mujeres “en su casa con tanta libertad como en Francia. Allí reciben compañía

⁴⁵ El texto de la exhortación y las alternativas del caso, en Medina, *Cosas de la colonia*, pp. 236-239.

⁴⁶ Byron, *El naufragio...*, pp. 147 y 148.

de buena gana y se complacen en distraerla tocando el arpa o la guitarra, y si se les ruega que bailen, lo hacen con mucha satisfacción y cortesía”. Este fino y sagaz observador admitía que las mujeres no eran celadas como las españolas de Europa y que habitualmente no salían de día; pero que “a la entrada de la noche tenían libertad para ir a hacer sus visitas, lo más frecuentemente a donde menos se lo espera” pues, escribió, “las más tímidas en pleno día son las más audaces de noche” cuando, “cubierto el rostro con el rebozo o el manto, de modo que no se las pueda reconocer, dan los pasos que dan los hombres en Francia”. Criticando el exorbitante uso que las damas hacían “del afeitado llamado solimán”, así como su excesiva licencia y gusto por el coqueteo, escribió que

las proposiciones que un amante no osaría hacer en Francia sin merecer la indignación de una mujer honesta, muy lejos de escandalizarlas les causan placer, aun cuando estén muy lejos de consentir en ellas, persuadidas de que es la mayor muestra de amor que se les pueda dar, las agradecen cual si fuese un honor que se les hace en vez de enfadarse como de una mala opinión que se tiene de su virtud.⁴⁷

A nuestro juicio, Frezier captó adecuadamente la satisfacción, el goce, el placer que las mujeres de América meridional sentían al mostrarse maquilladas, dejarse apreciar y galantear por parte de los varones. Para ellas, la atención, el miramiento, la atracción que su presencia provocaba, qué duda cabe, representaba una fuente de agrado. Previniendo a quienes leyera su viaje, o lo siguieran en un itinerario similar, advirtió, “la sola prudencia humana debería bastar para impedir a un hombre caer en las trampas de las coquetas de este país. Ellas entienden perfectamente el arte de abusar de la debilidad que se tiene por ellas”.⁴⁸

Sin duda que George Vancouver no atendió al consejo del sabio francés, pues en su relato dejó constancia de su entusiasmo por las chilenas, cuyos “deseos de agrado —escribió— eran bien persuasivos”. De este modo no debe extrañar que algunas veladas en su compañía tuvieran para los ingleses “tantos encantos, que todos olvidamos, me parece, las fatigas del camino”. Al parecer tampoco pudieron resistirse a las señoras que, en otra ocasión y en medio de una cena con el gobernador, “aparecieron en las rejas de las ventanas del palacio ofreciéndonos, cuenta Vancouver, ramilletes de flores y rogándonos fuéramos a hacerles visitas”. Entonces, continúa el relato, frente a esta estrategia de persuasión femenina los via-

⁴⁷ Frezier, *Relación del viaje...*, pp. 219 y 220.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 220.

jeros se creyeron “obligados a no aceptar esta galante invitación, por ese día, y prometieron corresponder a su obsequiosidad al día siguiente”. Sólo así se explica que el propio capitán inglés afirmara que omitiría “relatar las pequeñas fiestas que se nos dieron en las diferentes casas de esta hospitalaria ciudad”.⁴⁹

Fue en un sarao en casa de un notable de Santiago que los marinos ingleses pudieron apreciar un concierto y un baile “en los cuales hacían los principales papeles las damas” que, según Vancouver, “parecían tener gran placer”. En la velada, si bien no bailaron pese a los ruegos que se les hicieron, el marino relata “que nos indemnizamos un poco de esta privación con la complacencia de algunas damas que dejaron de bailar y nos rogaron estuviéramos con ellas”. Según cuenta, el ofrecimiento fue aceptado en el acto, “con tanto mayor reconocimiento cuanto que con ello se apartaban de las reglas ordinarias”. A tal punto llegaba el encanto que provocaban las anfitrionas, que Vancouver y sus hombres pasaron por alto “la sucia e intolerable costumbre que tenían de pintarse de rojo y blanco de manera que destruyen todo el efecto de la belleza natural de su tez y la agradable proporción de sus rasgos”, así como la “falta de limpieza cuidadosa y tan atractiva de que se jactan nuestras hermosas inglesas”. Para los viajeros, la que consideraron “negligencia desagradable”, pues se materializaba en que “especialmente tienen los dientes muy sucios, parecía estar en contradicción con el trabajo que se tomaban en todo su atavío”.⁵⁰ Véase la imagen Santiago de Chile desde el Cerro de Santo Domingo.⁵¹

Esta censura por lo demás no era nueva, como lo demuestran las palabras de los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes escribieron luego de su paso por Chile en 1743:

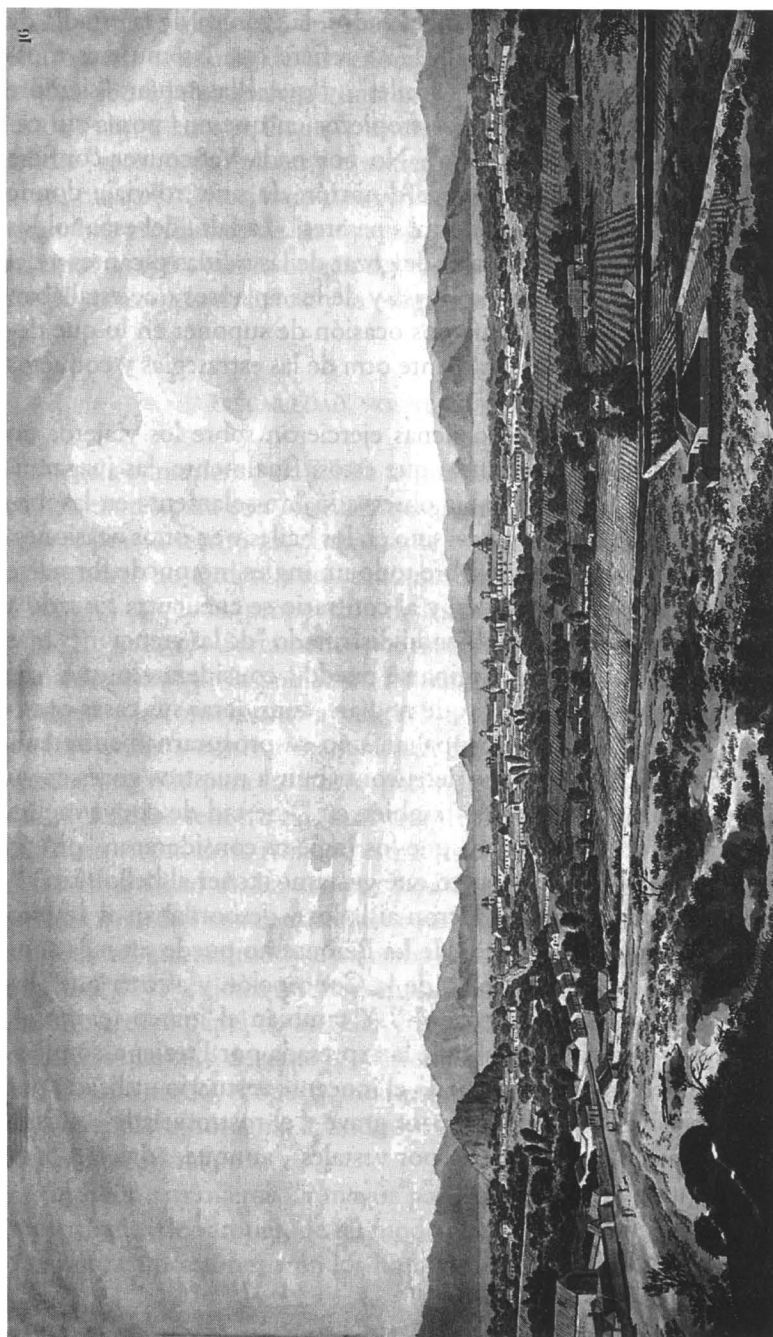
Pero allí donde la bondad del clima las dota tan sobresalientemente en la hermosura de los colores, los disfrazan ellas con otros artificiales, cuya moda es muy regular en todo aquel reino. Con ello no solamente se privan de los propios, sino que tomando los postizos, que borran de sus rostros el sobrescrito de la belleza, les ofende las dentaduras, de modo que su defecto viene a ser tan general, que si no las comprende a todas, serán muy raras las que se hallen exentas de él.⁵²

⁴⁹ Vancouver, *Viaje a Valparaiso...*, pp. 53, 55 y 65.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 39, 62 y 63.

⁵¹ Vista de Santiago de Chile desde el cerro de Santo Domingo. Esta aguada de José del Pozo permite apreciar la sencillez, la modestia de una ciudad plana, casi absolutamente rural, ajena al esplendor de las grandes capitales virreinales. Museo Naval de Madrid, en Sagredo y González Leyva, *La expedición...*

⁵² Juan y Ulloa, *Relación histórica...*, segunda parte, tomo tercero, p. 333.



Santiago de Chile desde el Cerro de Santo Domingo

Cautivados, casi adolescentes embelesados, la crónica de la estadía de los marinos ingleses en Santiago en 1795 refiere que las mujeres mostraban “maneras en general vivas y fáciles”, y que ellas tenían “siempre cuidado de sacarnos de los pequeños tropiezos en que nos ponía sin cesar nuestra ignorancia de su idioma”. No por nada Vancouver confiesa “que ha habido pocas ocasiones en la duración de nuestro viaje donde este inconveniente me haya causado más pesares”. La falta del español los privaba, entre otras cosas, “del placer de gozar de las salidas picantes y del agradable espíritu que, después de la risa y de los aplausos que estallaban a menudo en todo el círculo, teníamos ocasión de suponer en lo que decían”. Es decir, de apreciar íntegramente otra de las estrategias y coquetos placeres de las criollas.⁵³

La seducción que las bellas chilenas ejercieron sobre los viajeros no impidieron, pese a todo su encanto, que éstos, finalmente, las juzgaran. Según Vancouver, en Santiago había observado “no solamente en las maneras y la conversación de las damas, sino en los bailes y en otras ocasiones, tal libertad, que un extranjero, y sobre todo un inglés, no puede formarse muy buena opinión de sus virtudes, y al contrario se encuentra forzado a juzgarlas desfavorablemente”. Habiendo disfrutado “de las atenciones más cumplidas y obsequiosas que imaginarse puede”, considerando que “sus puertas estaban siempre abiertas”, que podían “considerar sus casas como las nuestras”, y que ellas no se “ocupaban sino en procurarnos entretenimientos y nada omitían de lo que deba contribuir a nuestros goces en su sociedad”, terminaron censurando también su “libertad de conversación y una familiaridad en la conducta” que los ingleses consideraron “propia para hacerlas perder parte del respeto que gustamos tener al bello sexo”.⁵⁴

Los juicios de Vancouver no fueron aislados y desbordaban el ámbito de la sociedad capitalina. El Conde de La Pérouse no puede ser más concluyente cuando se refiere al pueblo de la Concepción y afirma que “las mujeres son complacientes en exceso”.⁵⁵ Y también el marco temporal, pues esta opinión no difiere mucho de la expresada por Frezier a comienzos del siglo XVIII cuando, describiendo el inocente vestuario utilizado por las señoras para asistir a misa, “con paso grave y el rostro velado”, afirma que “con este aspecto se las tomaría por vestales”, aunque, advierte, “por lo general, se equivocaría uno mucho”.⁵⁶

⁵³ Vancouver, *Viaje a Valparaíso...*, p. 63.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 64 y 65.

⁵⁵ La Pérouse, *Voyage de La Pérouse...*, p. 64.

⁵⁶ Frezier, *Relación del viaje...*, p. 223.

La realidad observada en América llevó a Amadeo Frezier a meditar, no sólo sobre la conducta de las señoras que describe, también, y a propósito de ellas, sobre la naturaleza humana. Es así como refiriéndose a las actitudes de éstas, a las que llama “maneras simples y naturales”, el hombre de estudio “reconoce el placer y el secreto contento que sentimos cuando nos vemos buscar”. Ofreciendo una reflexión moralista luego del relato de las expansivas conductas de las damas, concluye afirmando “que este efecto del amor propio, que es origen del afecto recíproco, lo es después del des-arreglo, cuando la decencia y la religión no detienen su curso”.⁵⁷

PRECARIEDAD, HOSPITALIDAD Y SEDUCCIÓN

Si el enclaustramiento de Chile ayuda a comprender la hospitalidad de sus habitantes para con los extranjeros, que muy ocasionalmente se dejaban ver por su territorio, el dato, que con espíritu científico Malaspina y sus hombres no tardaron en constatar durante su estadía en la década de 1790, esto es que la “proporción de las mujeres con los hombres en Chile era de tres a uno”, ciertamente podría contribuir a explicar la desenvuelta forma de actuar de la población femenina.⁵⁸ ¿Acaso no sería la escasez de hombres, y la consecuente necesidad de cautivar a los pocos existentes, lo que las llevaba a cultivar maneras tan desenvueltas? Esto permitiría comprender por qué para la mayor parte de la sociedad, salvo la Iglesia, las actitudes de las señoras no resultaran reprochables. Tal vez estaban habituados en virtud de la realidad estructural expuesta.

La liberalidad de las señoras podría explicarse también en razón de que una sociedad tan constreñida como la chilena, que había hecho de la hospitalidad una actitud que marcaba su identidad y que reafirmaba la personalidad de los sujetos que la componían, había entregado esencialmente a las mujeres el papel de atender y agasajar a los viajeros, permitiéndoles conductas que sólo durante la ocasional presencia de extranjeros se toleraban. De este modo, el opaco, modesto e inseguro cuerpo social aprovechaba la naturaleza humana, cuando no los atributos de sus miembros, para alcanzar gratificación.

Ante los extranjeros, la mayor parte de las veces, las mujeres estaban acompañadas de varones, de tal modo que no ocultaban su actitud. Por el contrario, en ocasiones eran los hombres quienes la propiciaban. Así, por

⁵⁷ *Ibid.*, p. 220.

⁵⁸ Véase Higuera y Pimentel, *La Expedición Malaspina*, p. 54.

ejemplo, lo relata Byron en más de una oportunidad, y también George Vancouver cuando, en la casa de un negociante español muy considerado, éste no sólo había organizado la velada, además, insistía en reunir a los ingleses con las damas, entre otras razones, para que danzaran.

Cierto que Frezier atribuyó al carácter “insaciable” de las mujeres, consecuencia de su “vanidad y sensualidad”, su propensión al galanteo y su afán de conquista; pero la realidad es que la presión social que las condicionaba se manifestaba de múltiples formas. Una de ellas se refleja en el estudio de los procesos judiciales que dan cuenta de las conductas transgresoras a la moral matrimonial y sexual colonial. En uno de los casos, el juez de la curia eclesiástica es certero: “No hay cosa de mayor interés en las mujeres que el matrimonio, su verificativo es el último escalón de su carrera y es regular que deslumbradas con la felicidad de un estado que les promete, en el futuro, la libertad de infortunios de que es susceptible su sexo, no vean las leyes....”. Por ello la conclusión no deja lugar a dudas: “en estos expedientes la mujer aparece sumamente deseosa de casarse y para lograrlo pareciera que todos los medios son válidos; verdad y mentira; promesa y engaño”.⁵⁹

Ahora bien, si el enlace se realizaba con un extranjero europeo, la situación social de la consorte mejoraba adicionalmente. Los naturalistas Espinoza y Bauzá confirman que en Chile “los padres prefieren para sus hijas el chapetón al criollo, y las mujeres en cuya elección suele tomar más parte el interés que el gusto, tienen por fortuna su colocación con ellos”.⁶⁰ Ejemplo de lo que afirmamos nos ofrece, una vez más, la experiencia de John Byron.

En la ciudad de Castro visitó la casa de un viejo sacerdote, una de las personas más ricas de la isla quien, nos cuenta el inglés, “tenía una sobrina que debía heredarle cuanto poseía”. El anciano había atendido con gran cuidado a la educación de ella, de tal modo que “todos la apreciaban como a una de las señoritas más cumplidas de Chiloé”. Interesada en Byron, propuso a su tío que lo convirtiese para luego casarse con él. Si bien el elegido relata que “sin ser lo que se llama una belleza regular, tenía la niña muy buena presencia”, terminó por desechar la proposición. Ello a pesar de que entre las estrategias de conquista que usaron para obtener su consentimiento estuvo la de revelarles algunos de los bienes que heredaría en caso de acceder al matrimonio.⁶¹

⁵⁹ Salinas M., «La transgresión delictiva...», p. 5.

⁶⁰ Espinoza y Bauzá, «Descripción del Perú...», f. 280.

⁶¹ Byron, *El naufragio...*, p. 129.

La autonomía e iniciativa de las mujeres chilenas, así como su presencia y resolución, todos rasgos observados por los viajeros, puede ser explicada también en razón de las contingencias propias de la evolución colonial. Por ejemplo, las relaciones fronterizas en la Araucanía que por largos periodos marcaron con el sello de la violencia, la inseguridad y la inestabilidad a la sociedad, situación que las llevó a tomar responsabilidades propias de los hombres ausentes. En orden a sus motivaciones para practicar el placer de seducir, no deben descartarse aquellas relacionadas con el maltrato y abandono que, está acreditado, afectaba a la vida cotidiana de muchas mujeres.⁶² Ambas situaciones se convertían en propicias para el desarrollo de un cortejo que venía a suplir los afectos ausentes, a proporcionarles gratificación en medio de una situación de carencia. Propiciaba su conducta el que, a diferencia de los hombres, las mujeres no fueron acusadas ni juzgadas por su actitud.⁶³

Alejandro Malaspina relaciona las causas generadas por la realidad colonial con las atribuibles a la naturaleza de las hembras locales. Enfrentado al problema de la desertión de su gente de mar en las costas chilenas, lo relata señalando que “el vecindario mediante su ninguna comunicación con la matriz carecía de un todo de españoles nativos, lo que daba mucho realce a el que lo fuese, particularmente para los matrimonios; y reunidas por otra parte en las mujeres una suma mezquindad y un apego a la lujuria, el marinero debía hallar precisamente todos los resortes que contribuyen a formar su errada idea de la felicidad”. Para el segundo comandante de la empresa ilustrada, el delito que cometían los soldados era “una buena prueba de cuánto influyen los atractivos de la América en los europeos de pocas obligaciones”. Otro miembro de la expedición puso énfasis en “el atractivo que halla nuestra gente en la mucha libertad de las mujeres y la estimación de éstas a los españoles”.⁶⁴

Pese a lo dicho, la conclusión de Frezier sobre la naturaleza de las mujeres no debe desecharse, en especial si se considera que los viajeros no hicieron mayores distinciones entre solteras y casadas a la hora de caracterizar a las chilenas. La única distinción que encontramos se hace cuando, luego de referir la excesiva libertad que disfrutaba “el bello sexo”, George

⁶² Cavieres F. y Salinas M., *Amor, sexo y matrimonio*, p. 125, afirman que «no cabe duda que la mujer sufre una permanente violencia por parte de los hombres, expresada además a veces en la agresión física y muchas otras en una valoración ideológica asimétrica de los sexos».

⁶³ Sobre el tema, y con razones para explicar conductas que son propias de las personas en general, véase el artículo de Goicovic D., “Es tan corto...”.

⁶⁴ Véanse Malaspina, *Diario general del viaje*, p. 116; José de Bustamante y Guerra, *op. cit.*, p. 126; y Vernacci, *op. cit.*, f. 351.

Vancouver aclara: “Por lo demás, para hacerles justicia a todas las que he tenido el honor de frecuentar, y que son numerosas, debo decir que no he visto nada que pueda inspirar la menor sospecha respecto a la fidelidad que guardan a sus esposos o a deshonorar a las que no son casadas”.⁶⁵ Ciertamente una precisión necesaria en razón de todos los testimonios conocidos.

Tal vez opiniones como las reproducidas provocaron lo que María Graham relata luego de su paso por Santiago en 1822. En su diario escribe que el director de la futura Biblioteca Nacional le mostró la colección de obras y viajes geográficos que la compondrían, entre las más conocidas, el pequeño *Viaje* de Vancouver; agregando: “Aquí le guardan tanto rencor por haber denigrado a Chile que, como por vía de deshago, lo muestran a todos los visitantes”.⁶⁶

Creemos que tras la propensión a agradar, a ser reconocidas y apreciadas, miradas y tomadas en cuenta, se oculta la vulnerabilidad, no sólo de la mujer, en particular, sino que también de la sociedad que estimulaba su comportamiento y actitudes. Tal vez más allá de las apariencias, la hospitalaria sociedad y las desenvueltas señoras escondían la inseguridad de su existencia, individual y social. La fragilidad de una sociedad sometida a múltiples pruebas de sobrevivencia derivadas de su desafiante realidad geográfica y, además, desmedrada condición colonial, en comparación con otros territorios del imperio.

En este sentido, se podrá sostener que la endémica fragilidad del cuerpo social desarrolló un mecanismo de compensación a través del agasajo y la obsequiosidad, incluso el cortejo, de los extranjeros. Dicha actitud no sólo proporcionaba placer y satisfacción individual; en especial, contribuía a sustentar la vida social. De ahí la propensión de los chilenos a buscar reconocimiento en el forastero. Sus halagos, su consideración, hicieron más llevadera una existencia entonces muy precaria.

Por último, nuestro trabajo muestra que tras los gestos y ademanes, visibles y apreciables por todos, están las motivaciones profundas de la conciencia, de la mentalidad que aflora a través de los movimientos del cuerpo y la naturaleza del carácter.

⁶⁵ Vancouver, *Viaje a Valparaíso...*, p. 64.

⁶⁶ Véase su *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, pp. 144 y 145. La primera edición del texto de Vancouver se hizo en Londres en 1798.

BIBLIOGRAFÍA

- Araya Espinoza, Alejandra, "Cuerpos aprisionados y gestos cautivos: el problema de la identidad femenina en una sociedad tradicional (Chile 1700-1850)", en *Nomadías*, serie monográfica 1 (El Género y las mujeres. Aportes historiográficos), Santiago, Cuarto Propio, Universidad de Chile, 1999.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001.
- Byron, John, *El naufragio de la fragata "Wager"*, Santiago, Zig-Zag, 1955.
- Cavieres F., Eduardo y René Salinas M., *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1991.
- Cruz de Amenábar, Isabel, *La fiesta: Metamorfosis de lo cotidiano*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995.
- _____, *El traje. Transformaciones de una segunda piel*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1996.
- Espinoza, José y Felipe Bauzá, "Descripción del Perú, Buenos Aires, etc.", manuscrito en la Biblioteca Británica, ADD 17592.
- Frezier, Amadeo, *Relación del viaje por el mar del sur*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.
- Godoy, Hernán, *El carácter chileno*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976.
- Goicovic D., Igor, "Es tan corto el amor y es tan largo el olvido... Seducción y abandono en Chile tradicional, 1750-1880", *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, XXV: 114, noviembre de 1996.
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Ediciones La Ciudad, 1981.
- Higueras, Ma. Dolores y Pimentel, Juan (eds.), *La Expedición Malaspina 1789-1794*, Tv Antropología y noticias etnográficas, España, Museo Naval y Lunwerg Editores, 1993.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América meridional hecho por orden de S. Mag. para medir algunos grados de meridiano terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura, y magnitud de la Tierra, con otras varias observaciones astronómicas, y físicas: Por Don Jorge Juan Comendador de Aliaga en el Orden de San Juan, socio correspondiente de la Real Academia de Ciencias de París, y Don Antonio de Ulloa, de la Real Sociedad de Londres: ambos Capitanes de Fragata de la Real Armada*, Madrid, Antonio Marín, 1748.
- La Pérouse, Conde de, *Voyage de La Pérouse autour du monde, publié conformément au décret du 22 aubril 1791, et rédigé par M.L.A. Milet-Mureau*, París, De L'Imprimerie de la République, 1791.
- Malaspina, Alejandro, *Diario general del viaje por Alejandro Malaspina*, Madrid, Museo Naval/Lunwerg Editores, vol. 1.
- Medina, José Toribio, *Cosas de la colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1952.
- Mellafe, Rolando, *Historia social de Chile y América*, Santiago, Editorial Universitaria, 1986.

- Purcell Torretti, Fernando, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.
- Pereira Salas, Eugenio, *Juegos y alegrías coloniales en Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1947.
- Sagredo, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La expedición Malaspina en la frontera austral del Imperio Español*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Salinas, Cecilia, *Las chilenas de la colonia. Virtud sumisa, amor rebelde*, Santiago, LOM Ediciones, 1994.
- Salinas M., René, "La transgresión delictiva de la moral matrimonial y sexual y su represión en Chile tradicional (1700-1870)", *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, XXV: 114, noviembre de 1996.
- Santa Cruz, Lucía, "La mujer en el reino de Chile vista por los cronistas y viajeros", en *Tres ensayos sobre la mujer chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- Schmitt, Jean-Claude, "La moral de los gestos" en Michel Feher, *Fragments para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus, 1991.
- Tova Arredondo, Antonio, *62 meses a bordo. La expedición Malaspina según el diario del Teniente de Navío don Antonio Tova Arredondo, 2º Comandante de la «Atrevida» 1789-1794*, Madrid, Editorial Naval, 1988.
- Valenzuela Márquez, Jaime, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-LOM Ediciones, 2001.
- Vancouver, Jorge, *Viaje a Valparaíso i Santiago de Jorge Vancouver. Tomado de los Viajes alrededor del mundo, de Jorge Vancouver, ordenados por el rei de Inglaterra, en 1790, 1791, 1792, 1793, 1794 y 1795*, Santiago, Imprenta Mejía, 1908.
- _____, *Diario general del viaje*, Madrid, Museo Naval-Lunwerg Editores.
- _____, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1953.
- Viana, Francisco Xavier de, *Diario del Teniente de Navío D. Francisco Xavier de Viana, trabajado en el viaje de las corbetas des. M.C. Descubierta y Atrevida, en los años de 1789, 1790, 1791, 1792 y 1793*, Montevideo, Imprenta del Ejército, 1849.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago*, Santiago, Editorial Nascimento, 1926.
- Villalobos R., Sergio, *El comercio y la crisis colonial*, Santiago, Ediciones Universidad de Chile, 1968.